

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Padre mio, malo es el agüero cuando hay sangre en el dinero. (Pág. 74, col. 1)

SUMARIO.

LA CAMPANA DEL MERCADER, por M. A. THEVENOT (de la Creuse).

LA GIRALDA ó UNA CONSPIRACION DE TREINTA HORAS EN SEVILLA, por AVADRO DE BAST.

VIAJES: DIARIO DE UNA INSTITUTORA EN RUSIA, por la señorita MARIA NÉVILLE.

LA CIENCIA PARA TODOS.

FÓRMULAS: Modo de extraer el aceite esencial de rosas segun el método de Turquía. — Curacion de la mordedura de animales ponzonosos.

LA CAMPANA DEL MERCADER.

(LEYENDA.)

POR M. A. THEVENOT.

Era el domingo de Cuasimodo del año 1377. Hacia una hermosa tarde de primavera, y maese Jaime Gauthier, hijo del corregidor de la buena ciudad de París, viajaba alegremente en una blanca yegua normanda de mucha alzada y de mejor estampa. Dirigiase maese Gauthier con una maleta llena de dinero á la feria de Argentan para comprar cierta cantidad de los hermosos encajes llamados de *punto de Argentan*, pues era el encargado de suministrar aquel artículo á la corte del rey Carlos V.

Acercábase la noche á mas andar, y Gauthier no habia traspuesto todavía los límites del Perche, de suerte que le faltaban aun cuatro ó cinco leguas para llegar á Argentan.

Mientras estaba examinando el terreno para dar con el atajo, reparó Gauthier en un campesino normando que estaba escamondando los manzanos á la vera del camino, á pesar de la ley eclesiástica que prohíbe trabajar en domingo, y se detuvo para decirle:

—Ea, villano, ¿se puede atravesar el bosque de Gouferne por la izquierda?

—Lo mismo por la izquierda que por la derecha, con tal que primeramente se celebre una novena en honor de la Virgen, respondió el campesino.

Gauthier espoleó fuertemente á la yegua, que en consecuencia echó á correr á galope.

Nada de supersticioso tenia Gauthier, y por consiguiente se dirigió al bosque sin vacilar. Llevado de las poéticas impresiones que producía en su ánimo aquella noche de primavera, estasiábase Gauthier á la suave armonía del cielo y de la tierra, y se sentía dominado por una idea muy halagüeña, pues habia contraído esponsales con la hermosa Juana de Beaumont, hija única de un presidente del parlamento de París, y á su regreso de la feria de Cuasimodo debia celebrarse el casamiento.

Llegó finalmente Gauthier á la espesura del bosque; mas habiendo percibido á pocos pasos

de distancia una especie de sombra mujeril desgreñada, medio desnuda y al parecer fugitiva, se santiguó apresuradamente, y echó á correr á galope.

Aunque habia contado con salir del bosque de Gouferne en media hora, hacia mas de una que le estaba cruzando, como si el diablo le hubiese tomado por su cuenta. Recordaba con este motivo las palabras del campesino normando, y su imaginación andaba mas veloz que la yegua, cuando de repente desapareció la blanca sombra femenil en un grupo de tiernas hayas. Detúvose Gauthier procurando reprimir el aliento; palpitábale el corazón con violencia, y experimentaba cierto sentimiento de miedo y de curiosidad. En seguida se puso á escuchar atentamente, creyó oír algunas palabras en castellano, y no siéndole del todo desconocido este idioma, porque habia militado con Duguesclín en España en tiempo de las guerras del duque de Trastámara, le pareció que decían: «Nuestro es el tercer mercader de París: la tribu de Isacar pagará los esponsales del hijo de Iram...»

Algun hecho extraordinario estaba ocurriendo sin duda en la especie de gruta de donde salían aquellas palabras. Habia tres hombres de color trigueño que estaban agachados en torno de una hoguera y atizando la llama con yerbas olorosas: su fisonomía tenia una expresión oriental, y de sus cinturones pendían

unos puñales guarnecidos en el mango con piedras preciosas, que reflejaban la pálida luz de la hoguera.

Apenas hubo entrado en la gruta la muchacha, y pronunciado las palabras de cuyo sentido había creído Gauthier hacerle cargo, — pues la sombra que había visto el hijo del corregidor era en realidad una jóven de blanca tez y bien parecida, — levantáronse los tres hombres indicados, llevaron la mano á sus cinturones para cerciorarse de la seguridad de sus puñales, y se aprestaron á salir haciendo una seña á la muchacha. Allegóse esta á uno de ellos, inclinó su flexible talle, recibió un beso en la frente, pronunciando en voz baja estas palabras: «Padre mio, malo es el agüero cuando hay sangre en el dinero,» y esto diciendo desapareció en el fondo de la gruta, mientras salían de ella los tres individuos.

Ocurrieron estos hechos con mucha rapidez. Sobrecogido de espanto al oír las últimas palabras, Gauthier hizo retroceder á su cabalgadura, pero la suma oscuridad de la noche concluyó por abarrancarle en la maleza.

Eran las nueve con corta diferencia.

Mas le valiera sin duda al antiguo compañero de Duguesclin hallarse en un campo de batalla, que extraviarse de noche en el bosque de Gouferne y verse rodeado de asesinos, pues ni acertaba á reconocer el sitio donde estaba ni tenia medio alguno para averiguarlo. Calculando que sus perseguidores no se proponían quitarle la vida, sino el dinero, concibió la idea de abandonarles la maleta si llegaban á ponerle en el estrecho, y aunque espoleando á su normanda salvó en un instante un trecho de trescientos pasos, y se halló en un sendero trillado, ni sabia á donde se dirigía este sendero, ni podía dar con un indicio que le llevase á Argentan.

Dominado por la desesperacion mas violenta, el pobre Jaime Gauthier hizo voto de consagrar una suma de mucha importancia á la iglesia de San German de Argentan si llegaba á escapar de los asesinos que iban á alcanzarle... y apenas hubo formado el voto, oyó á lo lejos una campana. Eran las campanadas del convento de Argentan para que los religiosos se retirasen á sus celdas.

Tranquilizado por este hecho, tomó el camino que parecía indicarle el sonido de la campana, y en pocos minutos se vió fuera del bosque y á breve distancia de la aldea de Silly. Recobróse del pasado susto, y aunque podía detenerse para pedir asilo al castellano del lugar, prefirió ir su camino, porque solo distaba ya media hora de Argentan, á donde llegó por fin á eso de las diez menos cuarto.

La plaza pública, situada en las cercanías del castillo, estaba cuajada de titiriteros; la ciudad presentaba el aspecto mas alegre, y los buenos habitantes disfrutaban de los espectáculos que se les ofrecían gratuitamente. Maese Jaime Gauthier se hizo acompañar á la posada del *Punto de Francia*; mas en el acto mismo de llegar á ella, la hermosa yegua normanda cayó muerta en el suelo, y el viajero fué alojado en un aposento, donde le estuvieron velando dos médicos toda la noche.

Al otro día se celebró la feria con mucha animacion. Hacia un tiempo magnífico de primavera: los encajes de Argentan se vendían á precios exorbitantes, y entre los comerciantes de París se echaba de menos á dos que no habían llegado todavía, no obstante haberse puesto en camino antes que Gauthier.

Este tuvo un principio de congestión cerebral, pero despues de haber recibido una sangría se halló en estado de hacer sus compras, y habiéndose proporcionado otra caballería salió de Argentan en compañía de otros mercaderes.

Pocos meses despues Gauthier celebró su casamiento con la hermosa Juana de Beaumont, y deseando cumplir el consabido voto, llamó á algunos maestros campaneros de Lorena, á quienes encargó la fundición de una campana de 3,500 libras de peso. Esta campana fué bendecida en 5 de mayo de 1378 en la ciudad de Alençon, y bautizada con el nombre de María de España, condesa de Alençon, de Etampes y del Perche, siendo padrino el obispo de Séz. Día de piedad y de fiesta fué el de la bendición,

pero desgraciadamente debía terminar con un suplicio.

Había una supuesta gitanilla que habiendo caído en poder de las cuadrillas de la Santa Hermandad fué condenada por bruja á ser quemada viva. La hoguera estaba ya dispuesta para el sacrificio, y aunque la jóven esposa de Gauthier no quería presenciar aquel auto de fe, la condesa María de España le rogó que quedase en el castillo, siquiera por algunos instantes, para ver pasar á la bruja.

Cuando la rea pasó debajo de las ventanas del castillo, asomóse Gauthier para contemplar sus facciones, mas en el acto mismo de verla se puso pálido y se retiró diciendo en voz baja á su esposa Juana: «¡Gran Dios! es la muchacha del bosque.» Lanzó Juana un grito al asomarse, y arrojándose de rodillas á los piés de María de España exclamó: «Perdonadla, perdonadla;» mas aunque María de España no podía hacerse cargo del celo con que la esposa de Gauthier se interesaba por aquella mujer, ni podía tampoco perdonarla, porque este derecho era una prerogativa exclusiva del rey, al menos podía suspender la ejecución de la sentencia. María de España era naturalmente bondadosa y de una piedad ilustrada, y habiendo secundado Gauthier los esfuerzos de su mujer para impetrar la misericordia de la condesa, enterneciéndose ésta, merced á la confianza que le inspiraban los dos esposos, y mandó que se suspendiera el sacrificio. Por la noche Gauthier obtuvo el permiso de entrar con Juana en el calabozo de la hechicera, y á las primeras palabras que le dirigió en castellano, levantó ésta la cabeza y respondió:

—Aunque me habeis salvado de la muerte, ó por lo menos diferido mi suplicio, no quiero daros las gracias, porque yo estaba preparada ya para el sacrificio. Soy descendiente de una raza proscrita y maldecida por los hombres del Occidente, pero Dios es grande y Mahoma es su profeta.

—¿No me reconocéis? preguntóle de nuevo Gauthier.

Miróle la hechicera por algunos instantes, y luego hizo una seña con la cabeza para darle á entender que no recordaba haberle visto.

—¿No recordais lo que pasó la noche del domingo de Cuasimodo en el bosque de Gouferne?

—¿Triste noche por cierto! Dos mercaderes fueron robados y asesinados; mas el tercero pudo salvarse.

—Pues ese tercero soy yo.

—¿Qué oigo!... Pero ¿por qué no habeis encendido la hoguera que debía devorarme?

—Porque nuestro Evangelio prescribe la fe, la humanidad, el perdón y la misericordia, y acaso no están consignadas tambien en el Alcorán estas sublimes virtudes?

Juana tomó la mano de la muchacha, porque Gauthier le dió á entender que le estaba hablando de religion. Durante la conferencia, que fué bastante larga, la presa derramó copiosas lágrimas, refirió su vida nómada, y en el acto de despedirse de sus interlocutores empezaba ya á penetrar en su alma una luz nueva, la luz del cristiano.

Apenas hubieron regresado á París, Gauthier y Juana imploraron y obtuvieron el perdón de la jóven morisca. Pocos años despues había en el hospital de leprosos de Alençon una hermana de caridad, conocida con el nombre de Santa Maura, y única que tenia el privilegio de mitigar las dolencias de las víctimas de aquella cruel enfermedad que los cruzados trajeron del Oriente y que á la sazón empezaba á propagarse por toda la Francia.

La campana bautizada en Alençon en 5 de mayo de 1378 fué trasportada á Argentan, donde dieron en llamarla *la campana del mercader*. Al regalar esta campana, ó por mejor decir, al cumplir religiosamente su voto, Gauthier exigió que se la colocara en una torre de la iglesia de San German, y quiso que la vispera de todas las ferias que se celebrasen en el pueblo, la tocasen por espacio de muchas horas consecutivas al caer de la tarde, para indicar la direccion de Argentan á los viajeros extraviados. En 1731 fué refundida y aumentada en 1,500 libras, de suerte que en la actualidad pesa 3,000 libras.

Cuando la Francia revolucionaria mandó

fundir las campanas y convertir el sagrado metal en cañones de bronce para la defensa de la patria, la campana del mercader, cuyo origen era tan popular, fué respetada como debía serlo. En nuestros dias continúa destinada al mismo uso que en los pasados siglos, y se la tañe siempre en la vispera de las ferias como en las fiestas solemnes que la ciudad celebra.

LA GIRALDA

6

UNA CONSPIRACION DE TREINTA HORAS EN SEVILLA,

POR M. AMADEO DE BAST.

III.

LA GIRALDA.

Don Luis de Almeida, precedido por su guia, subió la escalera interior que conduce á la cumbre de aquella famosa torre, cuyo nombre popular es debido á la maravillosa aguja que con tanta arrogancia y majestad se encumbra desde su inimitable cúpula (1). No bien habían subido la tercera parte de la escalera, detúvose Baltasar á una portezuela de forma muy parecida á la de una concha de tortuga, y dijo en voz baja:

—Este es el cuarto de mi hija, caballero. Está situado á noventa piés de altura solamente, pero yo quise tenerla lo mas cerca posible del mio, que solo cuenta cien piés de mayor elevacion.

—Paréceme, segun hablais, Baltasar, dijo D. Luis, que temeis despertar á vuestra hija, y esta precaucion os honra, porque prueba que sois buen padre.

—¡Oh! Inesilla no duerme, que está en maitines, replicó el judío, porque, por mas que se diga, somos verdaderos católicos, y mi Inesilla no dejara de asistir á los oficios diurnos y nocturnos, mas que le dieran todos los tesoros del templo de Salomon.

—Bien hecho, Baltasar, pues nadie debe cumplir tan escrupulosamente con los preceptos de la religion como los que reconocen en la iglesia la gruta del profeta Ezequiel, el pan de Elías y el vino reparador de las bodas de Caná.

—Precisamente, caballero, dijo el judío torciendo el gesto para travestir la repugnancia que le causaba la igualdad establecida entre las bodas de Caná y los milagros de la ley antigua.

—Y ¿tambien teneis un hijo? preguntó don Luis.

—Sí señor, un pobre muchacho que á veces se ve, como Saul, abandonado del espíritu de Dios. ¡Ah! es un muchacho muy frágil el pobre; es una caña, ó por mejor decir, una rama quebrantada por el viento de Egipto, y por esto le dejo en libertad de hacer cuanto quiera, porque la disciplina no se hizo para los pobres de espíritu. Mi Benjamin va y viene, entra y sale, sube y baja como quiere; duerme donde se le antoja, porque no hace caso de las camas ni de las almohadas, y con harta frecuencia pasa las noches de claro en claro, y los dias de turbio en turbio. Alguna vez empleo dias enteros buscándole por este mundo de piedra en que vivimos; pero le quiero tanto, como que jamás acierto á reconvenirle.

—Sois un hombre cumplido, Baltasar: el interés que tomáis por vuestros hijos me dá á conocer la excelencia de vuestro carácter. Por lo que á mi hace, espero que seamos buenos amigos, y que mi permanencia en este sitio me habrá deparado la satisfaccion de conocer á un hombre de bien.

(1) La torre de la catedral de Sevilla tiene 238 piés de altura, y la aguja 350. La cúpula está supeurada de una figura colosal de bronce dorado que representa la Fe, y á pesar de su peso enorme, la Giraldá dá vueltas al menor soplo de viento como una veleta giratoria.

—V. me hace mucho favor, pero procuraré ser digno del aprecio con que se sirve honrarme.

—Entretanto, dijo D. Luis sacando del bolsillo de su peripunte un puñado de doblones, aceptad esta cantidad en prenda del alojamiento que voy á ocupar.

Tendió el judío la mano haciendo una profunda cortesía á D. Luis, y metió el dinero sin contarle en la sordida escarcela que llevaba, como todos los dependientes de la iglesia.

Habían llegado entretanto á la considerable altura donde hay una espaciosa azotea que separa la torre propiamente dicha de la aguja, ó por mejor decir, de la columna de piedra que conduce á la Giralda.

—Este es vuestro aposento, caballero, dijo el judío abriendo con cómica simetría la puerta de un aposento, ó sea de un nido que estaba situado en un ángulo exterior de la azotea, y que observado desde la calle parecía del tamaño de un huevo de paloma.

Saltó ligeramente D. Luis en aquella jaula, desde la que podía verse á los transeúntes que pasaban por la plaza de la catedral, y que desde una altura tan enorme parecían hormigas.

—Está V. á trescientos piés de altura, dijo Baltasar lamiéndose los secos y descoloridos labios; es uno de los mejores cuartos que tengo, y aun el mejor, de suerte que no sin razón se le llama la *Perla*. Disfrutará V. de una perspectiva magnífica, y la pureza del aire le dará buen apetito. Ahora, caballero, sin duda tiene V. gana de dormir; por lo que buenas noches. Le recomiendo á V. á todos los santos protectores de esta basílica y de la España entera.

Y en el acto de retirarse, Baltasar echó dos vueltas á la llave, pero D. Luis se apresuró á decirle:

—¿Qué haceis, Baltasar? ¿Queréis encerrarme?

—Sí, respondió el judío aplicando la boca á una hendidura de la puerta. Es una precaución saludable que he tomado siempre, desde que un caballero que había venido á refugiarse en esta torre se arrojó desde la Giralda en una noche muy serena, en un acceso de sonambulismo. Pero no hay por qué temer, caballero, porque está V. en buenas manos, y en cuanto amanezca se verá V. libre de los cerrojos.

Resignóse D. Luis, y tomando una bujía amarilla que le había dejado Baltasar, formó rápidamente el inventario de la apocalíptica vivienda que le deparaba su suerte.

La *Perla*, como llamaba Baltasar al celeste chiribitil, tenía unos seis piés de largo por cuatro de ancho; estaba construida enteramente con una porción de vigas unidas por medio de grapas de hierro que la tenían suspendida en el aire; el tiempo había aflojado los puntales poniendo elástico el herraje, de manera que cuando D. Luis andaba por aquel frágil tablado, crujían las vigas y se producía un vaiven semejante al balance de un navío. Había una ventana que daba al atrio y estaba guardada por una balaustrada de hierro cincelado, del tiempo de los últimos reyes moros, siendo por consiguiente inútil la precaución que tomaba el judío contra los ataques de noctambulismo de sus inquilinos, y como que la ventana no era mucho más alta que el antepecho de la azotea, con un poco de audacia y mucho de sangre fría, bien podía el moderno estilista saltar de una zancada en aquel antepecho, desgastado por los siglos.

El ajuar de aquel aposento correspondía perfectamente al uso que de él solía hacer el judío convertido, pues consistía en una mala cama, una mesa, una silla y algunas estampas góticas que por lo menos eran del tiempo de Carlos V, que se estableció en Sevilla un grabador alemán llamado Schmilller.

Sin embargo, además del poco caso que se hace de los objetos exteriores á los veinte y cinco años, D. Luis estaba fatigado de cuerpo y alma por las aventuras de aquella noche; por lo que dió de mano á sus investigaciones, se echó en la cama, y no tardó en conciliar aquel dulce sueño que los vates y profetas han considerado siempre como el constante y nocturno patrimonio de los inocentes y de los justos.

IV.

UNA VENGANZA SATISFECHA.

Despertóse D. Luis de Almeida cuando el sol había recorrido ya el tercio de su carrera, y echando la vista en derredor, observó que Baltasar había cumplido su promesa abriendo la puerta de la *Perla*. El sagaz gobernador de la torre había colocado discretamente sobre la mesa una olla podrida casi intacta, una botella de vino de Jerez, un pan blanco y un pedazo de queso de cabra tan cándido como la leche de aquella famosa Amaltea que tuvo la rara fortuna de amamantar á un Dios y de legar su nombre á la sibila más ilustre de Cumas.

Comprendiendo el celador, á vista de la olla podrida y de la botella de Jerez, que su estómago tenía sobrada razón en desear alimento, pues es muy sabido que el aire puro dá gana de comer, levantóse inmediatamente, se sentó á la mesa y celebró uno de los mejores almuerzos de su vida. En seguida salió del nido y echó á pasear por aquella encantada azotea, que para él era antesala, salón y jardín.

No es posible describir la magnífica perspectiva que se disfruta desde aquella azotea. Sevilla entera aparece á los piés del observador con todo su esplendor y suntuosidad, aunque menoscabada por la distancia: la hermosa capital de Andalucía se presenta como una confusa amalgama de casitas que al parecer pudieran meterse en el bolsillo si hubiera un anzuelo bastante largo para cogerlas; el majestuoso Guadalquivir se desliza suavemente como una verdadera sierpe entre los naranjos, las rosas y los lirios de la pradera; agrupábanse, aunque en miniatura, las maravillas de la ciudad, flanqueada de doce puertas y ciento sesenta torreones; las cúpulas de los campanarios ofrecían un espectáculo admirable centelleando á los rayos del sol como otras tantas corazas de leviantes, y así el Alcázar como el acueducto romano y los suntuosos edificios modernos descollaban majestuosamente entre la niebla de esmeralda y ópalo que envuelve á Sevilla, justificando la famosa expresión española:

Quien no ha visto á Sevilla
No ha visto maravilla.

El caballero estilista contemplaba además á sus piés aquella catedral imponente y augusta, envanecida con las obras maestras que encierra en su dilatado recinto; pero ¿qué son todos sus monumentos funerarios de mármol y de jaspe, los numerosos cañones de su gigantesco órgano, sus treinta y siete capillas, los mantos capitulares de muer y de brocado con que se revisten sus canónigos en las fiestas más solemnes de la iglesia, sus albas de encaje y sus sobrepellices de batista, sus tabernáculos de lapizlázuli esmaltados de marfil y de oro, sus viriles recargados de carbunclos y piedras preciosas, sus cinco naves, todas sus maravillas arquitectónicas, todas sus riquezas y todos aquellos metales trabajados por los más hábiles artistas, en comparación de los cuadros de los grandes maestros de la escuela española que adornan sus santuarios y sus naves y que dan nuevo realce al esplendor incomparable de todas aquellas opulencias canónicas? Cada uno de sus cien cuadros y de sus cien modelos vale, no ya un reino, sino una estrella del firmamento, porque el soplo del genio que los anima es el soplo del mismo Dios.

Encúbrase sobre una arcada notable la torre de la Giralda, y la Giralda misma, que dá vueltas sin cesar hácia los cuatro puntos cardinales, como para anunciar á los hombres la fragilidad de su existencia en el seno mismo de la inmortalidad de la fe.

Echando la vista en el espacio desde aquel elevado punto, se descubre toda la inmensidad del horizonte, la Andalucía entera y todos los caminos convergentes que se dirigen á la ilustre ciudad.

D. Luis estaba enagenado: su alma, su corazón, sus ojos bogaban de concierto en aquellos espacios infinitos por donde cruzan conti-

nuamente los alados serafines para llevar las órdenes de Dios.

A buen seguro se hubiera prolongado su éxtasis si no fuera por una voz clara y suave que le dijo al oído:

—Caballero, ¿no me reconoce V.?

D. Luis alzó los ojos y vió una muchacha de peregrina hermosura.

—¿Con que no me reconoce V.? dijo ésta reiterando la pregunta.

—No por cierto, lo confieso, respondió don Luis; pero, si no miente vuestra belleza, debéis de ser la hija de Baltasar.

—Precisamente, caballero; pero ¿ya no se acuerda V. de la jóven que estando esta noche pasada en el Alcázar le aconsejó la fuga?

—¡Calle! sois...

—La misma.

—Pero ¿cómo me dijo vuestro padre que estabais en maitines?

—Sí, pero no en los maitines de la iglesia, sino del demonio y de la venganza, respondió la judía acompañando estas palabras con una amarga sonrisa.

—No alcanzo...

—Voy á ponerle á V. al corriente en dos palabras, replicó Inesilla; pero los momentos son muy preciosos, y sentiría muy mucho que mi padre nos sorprendiera; así lo mejor será que entremos en ese cuarto.

—Perdonad: no me atrevía á proponerlo.

—¿Y por qué no? ¿porque V. es jóven y yo también? Una alhaja tengo en la liga, con la que me basta para que me respeten. Y luego ahora mismo acaba de penetrar mi hermano en ese cuarto, y á buen seguro está durmiendo.

Entraron los dos interlocutores en el aposento, y lo primero que vieron fué el idiota, que estaba echado en el suelo durmiendo profundamente.

D. Luis quería colocarle en la cama para que durmiese con más comodidad, pero Inesilla le interrumpió diciendo:

—Deje V., caballero; dejemos dormir á este pobre idiota, pues ¡quién sabe si está soñando que Dios se ha apiadado de él, y que posee el uso de la razón como los demás hombres!... Pero ¡qué digo! ¿Es cierto que los hombres estén dotados de razón cuando deshonran á una mujer por una sonrisa amorosa ó por una palabra siquiera, y cuando hacen traición á su Dios y á su patria por un tesoro, por un título ó por un empleo?

Contemplaba D. Luis á aquella jóven con entusiasmo: del éxtasis que le causaban las obras del hombre pasaba al éxtasis de las obras de Dios, y echando en olvido la Giralda concentraba todas sus facultades en la presencia de la muchacha israelita, que en sus arqueadas cejas, en sus negros ojos, en las entumecidas ventanas de su samaritana nariz, en la expresión voluptuosa y altiva de su semblante y en su resuelto continente mostraba el heroísmo de Dina, de Judit y de Débora.

—Escuche V., dijo Inesilla sentándose ligeramente en la cama y haciendo un gesto imperioso para que D. Luis se sentase en la silla: no sabe V. lo que me cuesta lo que voy á decir: cada palabra gravitará sobre mis labios con más fuerza que el sombrero de plomo de la Giralda; pero tengo necesidad de decirlo, mas que debiera meterme en la boca los carbones ardientes que purificaron la del profeta Isaías... Caballero, continuó diciendo Inesilla tras un rato de silencio, el hombre á quien V. ha herido mortalmente esta noche, D. Pedro de la Gova, me ha seducido y deshonrado.

—¿Qué oigo! exclamó D. Luis.

—Y después de haberme seducido me ha abandonado, y cuando me he postrado á sus plantas juntando las manos y con los ojos bañados en lágrimas, no para recoger los despojos de mi honor, sino para que me devolviera las pruebas escritas de mi deshonra, las cartas que había dirigido mi candor y ternura á su mentida pasión... me ha arrojado de sí haciéndome expulsar por sus criados como una vil prostituta, como una despreciable aventurera. Entonces fué cuando juré vengarme á toda costa, y en consecuencia me propuse ir cada noche á pasear por el Alcázar cubriéndome con el falso velo de hechicera para clavar el puñal en el pecho de mi pérfido amante, apoderarme de mis cartas, que él llevaba siem-



Está V. á trescientos pies de altura. (Pág. 73, col. 1).

pre consigo, y rehabilitarme á mis propios ojos borrando los últimos vestigios de mi crédula flaqueza con la sangre de mi seductor.

Usted me ha aborrido este trabajo, caballero, porque su espada vengadora ha castigado á un amante tan perverso como súbdito desleal. Cuando ví caer á D. Pedro de la Gova, quise lo primero mostrar el peligro en que estaba V.; pero luego recordé mi veuganza, y aprovechándome del desorden me acerqué á D. Pedro para quitarle estas cartas, lamentables archivos de mi afrenta y de mi deshonra. Entre estas misivas amorosas hay algunas puramente políticas que le regalo á V., porque tal vez le serán útiles para defender y acaso vengar á su rey.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, levantóse Inesilla rápidamente, y echando dos cartas sobre la mesa se dispuso para salir; pero D. Luis, que en un cuarto de hora habia ya olvidado los intereses de Felipe V y acaso los de su propia gloria, se apresuró á decirle:

— ¡Calle! ¿Por qué os marcháis tan pronto? — Porque no puedo detenerme por mas tiempo, porque no lo he dicho todo, porque D. Pedro respira todavía, y en uno de estos momentos que le permite la agonía me ha reconocido. ¡Si temiendo el juicio de Dios pudiese reparar su crimen!... No me atrevo á esperarlo, pero por otra parte me parece que sus ojos me piden perdón... y el confesor puede también echar el resto. Adios, caballero, ya lo ve V.; los instantes son preciosos, y es necesario aprovecharlos. Adios: hasta la vista.

Y sin esperar respuesta, la jóven salió del aposento, atravesó corriendo la azolea, y bajó la escalera co: la rapidez del rayo siguiendo las vueltas que nadie, por atrevido que sea, contempla sin terror.

Quando Inesilla estuvo fuera, D. Luis leyó maquinalmente las dos cartas dirigidas á don Pedro de la Gova; la una no ofrecía el menor interés, pero la otra, fechada en Badajoz, llamó muy mucho su atención, porque estaba concebida en los siguientes términos:

«Querido D. Pedro de la Gova: Por fin estamos otra vez en España, y os escribo desde la buena ciudad de Badajoz. Hemos regresado de Portugal sin el menor peligro, y esperamos llegar á Madrid pasando por Sevilla con la misma seguridad. Sería sobrado prolijo daros

cuenta de la acogida que nos dispensaron en la corte de Lisboa, y así me contraigo á participaros que los asuntos de nuestro amado archiduque marchan muy bien, y que los descendientes de Carlos V se hallan, ahora mas que nunca, en estado de recuperar el trono de las Españas, regalado al nieto de Luis XIV por un capricho ó por un acceso de locura de Carlos II.

«Sí, querido marqués, Portugal parece dispuesto á secundarnos haciendo una saludable diversion en favor nuestro, y esta será una ventaja de mucha cuenta en la guerra interior que hemos adoptado. En esta negociacion espionosa nos ha favorecido mucho milord Gallo-way, que es una especie de guerrero diplomático y enviado secreto de Guillermo III, rey de Inglaterra, en Lisboa. Este lord está mas empeñado que todos nosotros en humillar á Francia y á Luis XIV, y sin embargo no deja de ser un francés llamado conde de Ruvigny, que en virtud de la revocacion del edicto de Nantes se vió obligado á salir de su propio país, y que en la actualidad oculta debajo de la casaca encarnada y con un título de par inglés el carácter perverso y el odio profundo que profesa al reino á que recientemente pertenecía. Sabido es cuán implacables han estado siempre los desertores empezando por el antiguo Coriolano, de romana memoria, pues sea que los dirija el fanatismo político, sea que se dejen llevar del fanatismo religioso, nunca sueltan el hacha ó la piqueta para zapar el trono cuyo rigor ó justicia han experimentado. A veces esos gastadores quedan sepultados bajo los mismos escombros del edificio que han derribado; mas es probable que lord Gallo-way experimente la misma suerte que su amo actual Guillermo III, es decir, que despues de haber destruido el edificio se conserve en equilibrio sobre sus ruinas.

«En suma, el enviado inglés está por nosotros, y esto no solamente es mucho, pero me atrevo á decir que lo es todo.

«Por vuestra parte, querido Pedro, no descanseis en la ejecucion de nuestros patrióticos proyectos; estimulad el celo de vuestros amigos, intimidad á los tibios, atizad á los ambiciosos y alentad á los leales. ¡Que se levante la Andalucía entera á una señal concertada para proclamar rey de España y de las Indias

á nuestro archiduque Carlos! Sin duda es muy peligrosa la carrera, mas en cambio nos esperan los honores, las dignidades y la gloria.

«Sembrad la inquietud y la desconfianza en el ánimo del pueblo; balagad su imaginacion con alguna aventura extraordinaria que produzca poco mal y mucho ruido, y en una palabra, disponedlo todo de manera que en un momento podamos reunir un buen número de amigos ó auxiliares.

«Dentro de tres ó cuatro dias saldremos de Badajoz, visitaremos algunas ciudades de Extremadura y en seguida nos encaminaremos apresuradamente á Andalucía para estar en Sevilla en 13 de setiembre.

«Adios, querido marqués. No creo necesario recomendaros la constancia, pues harto habeis demostrado que esta prenda no es incompatible con la juventud. Tampoco quiero recomendaros el valor ni la intrepidez, puesto que sois español y pertenecis á una raza que posee el valor como una virtud hereditaria; pero sí me atrevo á recomendaros la prudencia, porque con ella se forman únicamente los héroes y los grandes hombres.

«Vuestro amigo,

D. Sancho de Alava.»

«P. D. Acabamos de saber por una carta de Madrid que se ha puesto en marcha un cuerpo de dos mil celadores, que entrará en Sevilla en 9 ó 10 de setiembre. Este cuerpo se pondrá inmediatamente á las órdenes de D. Luis de Almeida, de la casa de Carvajal, que no hace mucho que se estableció en esa ciudad. Procurad frustrar esta tentativa del ministro de Felipe V, previniendo con una revuelta, si necesario fuese, la llegada de los celadores, que ponen en riesgo todas nuestras esperanzas. Bueno fuera subir á la Giralda para hacer una señal convenida y reunir á todos los partidarios del archiduque establecidos en el distrito de Sevilla hasta veinte leguas á la redonda. Trabajad sobre todo, pues no hay un instante que perder. Por nuestra parte precipitemos la marcha para vencer ó morir con vos.

«Badajoz 22 de agosto de 1703.»

Al leer esta carta, D. Luis quedó estupefacto, porque conoció que estaba sobre un vol-



Caballero, ¿no me reconoce V.? (Pág. 73, col. 3).

can. Por ella comprendió todo lo que había visto en Sevilla desde su llegada, el menoscabo del entusiasmo con que el populacho defendía la causa de Felipe V, la frecuencia con que concurrían á la ciudad los nobles de las cercanías, y particularmente la explosión del almacén de pólvora de la Sagra. El celador creyó de pronto que era preciso abandonar inmediatamente el retiro de la Giralda é ir al encuentro del anunciado socorro para entrar con él en Sevilla; pero la ignorancia en que estaba sobre los acontecimientos de la víspera, y la visita que debía hacerle al otro día D. José de Mendoza, le indujeron á diferir la marcha. No sabiendo qué partido tomar entre los muchos y contradictorios proyectos que formaba, y agitado tal vez por los encantos de la hermosa judía, — porque el amor es la pasión de la juventud y empapa la punta de sus alas en la misma copa de la ambición, — D. Luis entró de nuevo en su aposento, donde continuaba durmiendo el idiota con toda la fuerza de su insensibilidad intelectual.

—Duerme, duerme, pobre muchacho, dijo el celador para sí, porque el sueño suele ser el consuelo y el refugio del hombre cuerdo, y tal vez el paraíso de los desgraciados que no tienen uso de razón.

(Se continuará.)

VIAJES.

Diario de una Institutora en Rusia.

POR LA SEÑORITA MARIA NÉVILLE.

(Continuación.)

Habiéndome establecido en un cuarto amueblado sin lujo, pero con mucho aseo, lo primero que ví fué una imagen de la Virgen pintada en un lienzo, porque los rusos no admiten ningun objeto santo de relieve. Esta imagen estaba rodeada de santos en cuyas testas había muchas lentejuelas de plata y oro, y habiendo observado las mismas imágenes en la mayor parte de los aposentos de la casa, creí que el cura andaba equivocado en lo que me había dicho sobre las creencias de la se-

ñora Napukine. Mis primeras horas de soledad no me inspiraron la tristeza que me había imaginado, porque la paz y la calma de aquel aposento me tranquilizaron, y me pareció que lejos de vivir mucho tiempo como una persona asalariada, sería considerada como perteneciente á la familia. La señora Napukine me infundió en breve un afecto particular: su voz y su mirada ofrecían una suavidad que se infiltraba en el alma; su semblante, que seguramente había sido muy hermoso, parecía ajado mas bien por el sentimiento que por los años; en su noble y agraciada fisonomía se traslucía un dolor secreto, y en toda su persona se revelaba un sufrimiento interior á que parecía resignada, pero que debía de ser imposible mitigar.

Mientras anduvimos en el coche, la señora de Napukine me manifestó que sus hijas no estaban á la sazón en San Petersburgo. La mayor era de complexion delicada, y el médico le había aconsejado que fuese á veranear en algun punto de la costa, pero la menor no había querido separarse de su hermana; y no pudiendo salir de San Petersburgo, porque los asuntos domésticos reclamaban su presencia en la capital, la señora de Napukine las había enviado á casa de una parienta suya que residía en Finlandia, adonde debíamos ir á buscarlas dentro de pocos dias. No dejé de lisonjearme la perspectiva de este nuevo viaje, porque empezaba ya á habituarme á ellos.

Mientras esperaba la hora de comer determiné escribir á mi viejo tío y al buen cura para participarles mi feliz llegada. A las cuatro se presentó Catinka, que así se llamaba la criada rusa, manifestándome por señas que me estaban esperando para comer.

La señora de Napukine estaba en el salon con su hermano, y al verme le dijo:

—Querido Apóstol, os presento nuestra jóven francesa, que ha de ser la institutora y la amiga de mis hijas.

—Bien venida seas en nuestro país de bárbaros, dijo el tío de mis discípulas; haremos lo posible para que no echeis de menos á Paris.

M. Apóstol Nestucheff era un viejo sexagenario, de estatura baja, muy locuaz y mas petulante. Llevaba un traje que en 1820 había sido seguramente de moda, porque en aquel

tiempo había hecho á Paris un viaje de que hablaba con frecuencia; afectaba las formas y las expresiones de la antigua galantería, y ocultaba con una falsa modestia, como la mayor parte de los rusos, el orgullo nacional mas violento que sea posible imaginar.

—¿Qué haremos de esta muchacha, dijo la señora de Napukine acariciándome con aire maternal, hasta el día que iremos á Finlandia? La que sale de su país y del seno de su familia no puede estar muy alegre, y por consiguiente es preciso distraerla.

—Es verdad, hermana mia; la juventud es curiosa; por lo que podemos mostrarle las curiosidades de nuestra capital.

—Si, tú quedas encargado de mostrárselas ¿no es verdad? pues aunque eres naturalmente galan, conozco tus principios, y sé que se te puede confiar una señorita, aunque sea hermosa.

—Con mucho gusto, dijo Apóstol; pues aunque una parisiense no puede hacer mucho caso de los monumentos de una ciudad tan pobre como San Petersburgo, no hay mas remedio que mostrarle lo que hay. Si no os parece mal, de pronto iremos á ver la guardia, porque precisamente mañana se ha de celebrar una gran revista, y en ella podremos ver al czar: así procurad estar dispuesta para mañana á las diez, pues el emperador siempre tiene prisa, y acaso no quisiera esperarnos.

Prometí ser exacta, y al otro día, cuando me manifestaron que M. Apóstol Nestucheff me estaba esperando, hacia rato que me hallaba ya dispuesta.

II.

Verdaderamente magnífico y pomposo es el espectáculo de una revista de la guardia imperial en San Petersburgo. Un ejército entero se halla reunido en el campo de Marte: los mujicks, con su sombrero empenachado con una pluma de pavo real, se muestran en la inmensa plaza dando el brazo á sus mujeres, adornadas con sus mejores vestidos y con sus mas brillante kakoschnich, y en los balcones y ventanas se asoman una multitud de señoras á cual mas hermosa y ataviada; pero mientras estaba yo contemplando alternativamente las casas y la plaza, los señores y la gente del pue-

blo, sin que mi curiosidad se diera nunca por satisfecha, di de repente un salto en el asiento del coche desde donde estaba observando aquel inmenso panorama circular que se ofrecía á mi vista. Acababa de oírse el redoble de mil tambores á la vez, al que sucedieron todas las músicas de los regimientos, y á través de aquel trueno melódico no se percibía mas que un grito compuesto de cien mil voces: «Viva el emperador!»

Acababa de llegar el czar á galope y al frente de su estado mayor. El emperador pasó cerca de nosotros envuelto en un torbellino de polvo, y fué á colocarse en el mismo centro del campo de Marte, delante de un grupo formado de los príncipes de su familia, de las dignidades superiores, de los oficiales de la corona y de los generales á quienes se había convidado para aquella ceremonia.

Apenas se hubo presentado el emperador, formáronse las tropas para verificar el destile. M. Apóstol Nestucheff estaba henchido de entusiasmo, y constituyéndose mi cicerone para enterarme de lo que yo no alcanzaba por falta de conocimientos militares, dijo:

—Estos son los regimientos de infantería; ¿hay acaso un uniforme mas marcial que esa casaca azul y encarnada por el pecho, ó mas imponente que ese casco cabelludo? Observad la coraza de oro y de acero bruñido que llevan los caballeros guardias sobre su blanca túnica. La caballería que ahora está desfilando es la de coraceros, azules y blancos, seguidos de los dragones de la guardia, de los lanceros y de los húsares encarnados: todos los caballos son de la misma alzada y de igual color, y la misma uniformidad presentan los regimientos cosacos que hacen reflejar los rayos del sol allá á lo lejos con sus largas lanzas.

Avanzó en seguida un cuerpo de caballería que llamó mucho mi atención así por su traje como por sus armas. Aquellos ginetes montaban unos caballos pequeños y briosos, manejándolos con mucha destreza y facilidad; llevaban un casco de hierro acerado, con una túnica corta y de color de escarlata, encima de ella una cota de malla, y á la espalda un carcaj lleno de flechas; empuñaban un arco, y la cola de los caballos, que se arrastraba hasta el suelo, estaba teñida de rojo.

—¿Qué ginetes son esos? pregunté á mi guía.

—Es el escuadrón circasiano, compuesto exclusivamente de príncipes que sirven de rehenes á Rusia. Este escuadrón forma parte del regimiento mahometano, que se compone de cuatro: ¿no es verdad que es una tropa muy bonita? Pero á propósito ¿habeis observado el regimiento de infantería Paulowski, que lleva una especie de mitra colorada y ribeteada por delante con una plancha de cobre de roseta? Si hubieseis reparado en aquellos cascos, hubierais visto muchos abollados por las balas. Los soldados de aquel regimiento se transmiten unos á otros aquellos cascos centenarios, que por cierto los honran mucho. Tampoco habeis dejado de distinguir el casco negro de los dragones de la guardia, por la pluma transversal y por la punta de paño colorado que flota á la espalda; el uso del casco se tomó de la caballería de Federico II, y siempre ha conservado la misma forma.

Cuando las tropas hubieron desfilado, el emperador salió del campo de Marte á las aclamaciones de la muchedumbre, que hincaba las rodillas á su paso.

—¿Qué tal? me preguntó M. Nestucheff, ¿qué os parece de nuestro emperador?

—Me ha parecido de gallarda presencia, le respondí, pero no he podido distinguir sus facciones.

—Ya tendreis ocasion de verle uno de esos días, porque el emperador Nicolás es aficionado á pasearse como simple particular por las calles de su capital, á fin de verlo todo por sus propios ojos y dedicarse personalmente al bienestar de sus súbditos. Yo, yo mismo le he visto varias veces ocupado en tomar las precauciones que requiere la llegada del invierno en una ciudad como San Petersburgo. Habiendo ocurrido algunas desgracias, ocasionadas por la caída de los cancelones, el emperador anda por las calles para ver si se cumplen

las órdenes que dá para que los quiten, y aunque podria creerse que la política y la administración civil y militar no le dan tiempo para dedicarse á otros asuntos, el hecho es que su atención alcanza los mas insignificantes pormenores. A él nos dirigimos nosotros los nobles cuando pedimos pasaporte para pasar al extranjero; él es quien fija la duración del tiempo que pueden durar nuestros viajes, él es quien ha redactado el ukase que determina exactamente la medida de la palmeta que usan los maestros para castigar á los muchachos. ¡Qué hombre! todo quiere verlo personalmente: no se ejecuta ninguna sentencia de muerte ó de destierro sin que el emperador examine primeramente la causa. Un paisano mio fué condenado á la deportación, y en el párrafo que disponia los términos en que debia verificarse el viaje habia estas palabras: *A pié*; escritas del mismo puño del emperador. Esto yo lo vi, y si ahora tocasen á fuego, aunque fuese á media noche, el emperador se levantaria inmediatamente de la cama y se presentaria de los primeros en el teatro del incendio.

El entusiasmo de M. Nestucheff iba subiendo de punto cuando hablaba de su soberano, y yo me abstenia de interrumpirle, porque todos aquellos pormenores me interesaban mucho.

—En Francia y generalmente en todos los países extranjeros no conocen el verdadero carácter de nuestro emperador, añadió M. Nestucheff: su hermano Constantino decia que el ejercicio de la lectura embrutece, mas el emperador, al contrario, ha querido cultivar su talento, y á fuerza de estudio ha llegado á ser matemático, arquitecto, músico y aun teólogo. Esto os parecerá ridículo seguramente, pero la teología no puede ser inútil á un hombre que acumula los cargos de rey y papa. También hace versos y muy buenos, aunque en este punto nos hemos de contraer á lo que dice el poeta Nestor Kukolnich, de quien ha sido colaborador.

—Confesad, continuó diciendo M. Apóstol, que es necesario ser un grande hombre para desempeñar como nuestro emperador el cargo de autócrata y dar impulso y vida con su sola energía á la máquina del Estado. Vuestros soberanos son unos reyes verdaderamente holgazanes en comparación del nuestro, porque el emperador Nicolás no está nunca ocioso: él visita las mas apartadas provincias del imperio, él pasa revista á los ejércitos y á las escuadras, él examina las fortalezas, él levanta los planos de las carreteras y de los canales, él vigila personalmente la ejecución de todas las obras públicas; en una palabra, el cargo de autócrata para él es un trabajo verdaderamente hercúleo, sin que por esto se haya menoscabado nunca la robusta salud de nuestro emperador, porque Nicolás I nació en 1796, y aunque por consiguiente lleva ya cincuenta y ocho años bien cumplidos hoy 1.º de julio de 1854, no le echariais cincuenta ¿no es verdad?

Mientras iba paseando de bracero con M. Nestucheff, pasamos por delante de un palacio sombrío, desierto y abandonado.—Este es el palacio Miguel, me dijo, donde habitaba Pablo I.—Y donde fué ahogado por Pahlen y sus cómplices, mientras su mujer y su hijo estaban en un aposento donde podian oír los gritos de la víctima.

M. Apóstol dió un nuevo giro á la conversacion mostrándome la estatua de Suvarow, que se levantaba á orillas del Newa, á la entrada de una plaza arenosa por donde á la sazón pasábamos.—Ahora, me dijo M. Nestucheff, vamos á la fortaleza de San Petersburgo, y si quereis entraremos en la casa donde vivia Pedro el Grande. Esta casa era el humilde taller de un artesano. Al penetrar en la capilla donde habia trabajado el czar, santiguóse devotamente M. Nestucheff, y luego entró en el taller mismo, donde se muestra una lancha construida por el mismo czar con algunas de sus propias herramientas. Los rusos profesan un respeto verdaderamente religioso á todos aquellos objetos, cuya custodia queda á cargo de un inválido, porque los veteranos en todas partes hacen de guardas ó porteros, y así es que al llegar á la puerta de cualquier monumento ó establecimiento público, nunca deja de presentarse un soldado viejo embozado en

una holgada capa de lana, para recibir á los curiosos. Desde el museo nos dirigimos al dormitorio de Pedro el Grande, que sin duda pareceria demasiado humilde á un jornalero moderno.

En saliendo de la casa de Pedro el Grande fuimos á la fortaleza. Este monumento no lleva mas que un siglo y medio de existencia, mas á pesar de este breve trascurso de tiempo han tenido que repararse dos veces sus cimientos de granito, deteriorados por la acción de la humedad y del frío, porque en un clima tan riguroso las piedras mismas se descomponen mas fácilmente que en nuestros países. La fortaleza comprende dos partes, que son la cárcel y la iglesia, pero la primera no se muestra á nadie. Los calabozos están situados debajo ó arriba de la ciudadela, y siempre se hallan atestados de presos.

Todos los soberanos que ha habido en Rusia desde Pedro el Grande están sepultados en la iglesia de la fortaleza. Los czares descansan al lado de sus víctimas, como si quisieran custodiarlas aun despues de la muerte, y aunque no dejaba de repugnarme la idea de elegir la sepultura en una cárcel, no quise ofender á mi guía comunicándole una impresion semejante, aunque tal vez no me hubiera comprendido siquiera. Preguntéle si habia en San Petersburgo alguna iglesia ó capilla católica, y me respondió:

—No mas que una, y es la del convento de dominicos, situada en la perspectiva-Newsky, que se distingue entre las mejores de la capital. Dicen que nuestro emperador es intolerante; pero ya veis como se ha abstenido de expulsar á los monjes, aunque no dejan de ser algo peligrosos, por la necesidad immoderada que tienen de propaganda las curas católicas. Ahora entraremos en su iglesia; pero primeramente quiero acompañaros á la basilica de San Alejandro Newsky, que hallaremos al paso. En ella existe la tumba del glorioso mártir, que consiste en un altar de plata maciza sobre el cual se levanta una pirámide del mismo metal hasta la cúpula de la iglesia; ¡oh! estoy seguro que no hay en París otra tan preciosa.

Considerada aquella tumba como objeto de lujo, M. Nestucheff llevaba sobrada razon; mas este lujo tiene un no sé qué de bárbaro que asombra sin mover el corazón, como debiera hacerlo un objeto de piedad y de arte.

Entré luego en la iglesia de los dominicos, no precisamente para contemplarla, como que no ofrece nada notable, sino para rezar un rato, mientras mi guía me estaba aguardando á la puerta. En el acto de levantarme ví que en la losa funeraria habia dos nombres: el uno es el de Poniatowski, rey de Polonia, y el otro el del general Moreau.

Propuse en seguida que nos retirásemos, porque estaba cansada; pero acordando al mismo tiempo, que al otro día M. Nestucheff me acompañaria á las islas.

Estas forman el barrio aristocrático de San Petersburgo. Hay un espacio inmenso que en invierno está cubierto de agua, pero que en estío queda enjuto por un prodigio de la industria; este espacio se divide en islotes separados por otros tantos canales, por donde los ciudadanos suelen pasear en góndolas, y en aquellos islotes hay varias casas de campo, kioscos y palacios donde viven los señores mas poderosos de Rusia. En aquellos Campos Eliseos moscovitas hay tambien un pabellon para la emperatriz, y para ir á ellos hay unos caminos muy bien construidos y unos puentes magníficos echados sobre el mismo mar.

En aquel sitio, lo mismo que en todos los puntos de la campiña de San Petersburgo, no hay otros árboles que pinos y abedules; pero los rusos procuran sustituir el lujo de la frondosidad con el lujo de las flores, y por esto consideran como bosques los invernaderos. Los habitantes de San Petersburgo están muy envanecidos de aquella especie de jardín inglés conquistado al cielo del Newa como una Venecia campestre. Yo no podia menos de admirar el lujo y la ligera elegancia de aquellas habitaciones por cuyas ventanas se descubria un ajuar tan suntuoso como rústico, porque tambien puede haber lujo en el seno de la rusticidad; mas al propio tiempo me imagina-

ba la nieve y el hielo que debían cubrir en dos meses aquellos prados artificiales y deliciosos cuadros, como también el sedimento que arroja el deshielo en aquellos frágiles balcones y en las esbeltas columnatas de aquellos pabellones y queseras. La buena estación empieza en las islas á mediados de junio, y entonces el vecindario de San Petersburgo se abandona á las delicias campestres de costumbre; mas á fines de agosto se ve forzado á tomar los muebles, echar las macetas de flores en una carreta y encaminarse de nuevo á la ciudad, dejando almacenadas en un cobertizo hasta la primavera siguiente, las piezas con que se arman los pabellones, si es que pueda darse el nombre de primavera á los dos ó tres meses que componen no solamente la primavera, sino también el estío y el otoño de Rusia.

En el acto mismo de nuestra llegada, la emperatriz, que había salido de su habitual residencia de Peterhoff para pasar algunos días en su pabellón de las islas, acababa de desembarcar del esquife imperial y cruzaba la muchedumbre de curiosos que se hallaban reunidos en la playa para presenciar el desembarco. La zarina debió de ser muy bonita y agraciada en su juventud, mas en el día los muchos barros de su rostro no le han dejado un solo resto de su antigua belleza. La princesa Luisa Carlota, hija de Guillermo III, rey de Prusia, y hermana del monarca reinante, contrajo matrimonio con el emperador Nicolás, á la sazón gran duque, en 13 de julio de 1817, y con arreglo á la costumbre rusa, trocó su nombre por el de Alejandra Fædorowna. En 29 de abril de 1818 dió á luz un príncipe, heredero presunto de la corona, que recibió en el bautismo el nombre de Alejandro; mas el parto de la gran duquesa Alejandra Fædorowna no estuvo exento de peligros, y por esto el gran duque su marido, cuando vió salvada á su mujer, escribió al metropolitano de Moscú una carta que todos los rusos ortodoxos guardan en la memoria y en la que se manifiesta la satisfacción del afortunado padre y esposo.

La princesa que á tantos temores había dado margen, ha ejercido constantemente un influjo saludable en el ánimo de su esposo. No falta quien diga que algunas otras mujeres le disputaron la atención de su marido, pero no admite duda que este le ha dedicado siempre la mas completa estimación y respeto, siendo igualmente muy cierto que en todas las circunstancias graves ha mostrado la princesa la mas completa lealtad conyugal. Cuando ocurrió la sublevación militar al advenimiento del emperador Nicolás, el nuevo czar no quiso combatir á los insurgentes reunidos en la plaza de Isaac sin dirigirse primeramente con su mujer á la capilla de palacio, donde rezó con ella para impetrar del cielo la salvación del imperio.

Todos estos pormenores, como se deja ver, los debo á la erudición y cortesía de M. Apóstol Nestucheff, erudición y cortesía verdaderamente infatigables cuando se trata de los soberanos y del imperio de Rusia. M. Nestucheff admira estos objetos con un verdadero entusiasmo y aun fanatismo, pero su fingida modestia no me alucinó por mucho tiempo, porque, según me parece, no puede alucinar á nadie.

Esta mañana nos estaba esperando á la puerta un coche tirado por cuatro caballos de frente con arreglo á la costumbre rusa, porque hoy es el día fijado para ir por tierra á Helsingfors. Dentro de pocos días conoceré á mis dos alumnas, y en verdad lo deseo con impaciencia, no ciertamente por curiosidad, sino para dejar esta especie de vida festiva y trabajar seriamente. El trabajo es para mí la distracción mas apetecible, porque consuela y fortifica.

Con nosotros viene Duchinka y un campesino ruso muy corpulento, que es ayuda de cámara de M. Nestucheff. Así la una como el otro se sostienen con dificultad en la trasera: el cochero va en el pescante, porque en Rusia no suele haber postillones, y puedo asegurar que solamente los niños desempeñan este cargo. No se crea sin embargo que por esto sea menos rápido nuestro viaje, pues con solo meter mano en un saco donde hay los ocho renzajes de los caballos, el cochero los maneja

con una destreza en realidad sorprendente, y volando como una especie de huracán encima de los rodillos de las calles de la capital hemos salido al campo en un momento. Por primera vez observo las casas de los campesinos, que por la mayor parte ofrecen un aspecto humilde y desgraciado, aunque no deja de haberlas que respiran cierta comodidad. El campo no tiene nada lisonjero, como que consiste en una llanura inmensa, monótona y semejante á la que había visto desde la cubierta del buque.

En Rusia no hay mas casa de postas que las posadas, donde se detienen los viajeros para comer. En la primera estación me han contado una anécdota muy conocida en toda la Rusia, pero que es digna de nuestra atención, porque el objeto de ella es un francés. Aquí, me dijo M. Apóstol, se comen esas famosas chuletas á la francesa, de que seguramente habeis oído hablar, puesto que las ha dado á conocer un paisano vuestro.

Hacé unos cinco años que entró en esta casa un viajero, que se hizo disponer un banquete muy opiparo.

Llegado el cuarto de hora de Rabelais, presentósele el posadero con la cuenta.

—Compadre, le dijo el viajero, ya os entiendo; pero por desgracia no tengo blanca. Sin embargo puedo haceros un favor inmenso.

—¿Cuál?

—Me habeis traído unas chuletas detestables, pero yo os enseñaré el modo de asar chuletas á la francesa. Por cierto que es un secreto que no he querido divulgar á nadie, ni aun al cocinero del príncipe de Menschikoff, que me habria henchido de oro para saberlo.

El posadero, que en el fondo era un hombre muy campechano, aceptó la oferta que se le hacia en cambio de la cuenta, que no dejaba de importar algunos rublos.

Al otro día, por una casualidad extraordinaria, ocurrió una desgracia con el coche del emperador, que se dirigía al Báltico, precisamente en este mismo sitio. El czar quiso almorzar en esta posada, y ya podeis conocer cuáles serian los apuros del posadero, porque ¿de dónde habia de sacar un almuerzo digno de tan encumbrado huésped? En vano examinaba su repertorio culinario, porque ningun plato le parecia digno de la situación, mas el emperador tenia hambre, lo mismo que sus dos ayudantes de campo... De repente el cocinero lanzó un grito de triunfo, pues acaba de ocurrirle la idea de las chuletas á la francesa.

El emperador se sentó á la mesa con sus ayudantes de campo, y habiéndole gustado mucho las chuletas, anunció que á la vuelta se detendria igualmente en aquella posada para comer otras. La noticia de aquella aventura cundió rápidamente: todos los personajes mas distinguidos deseaban comer chuletas como las que habian tenido la honra de gustar al autócrata, y los principales señores fueron á visitar al posadero, que por medio de las chuletas se enriqueció en poco tiempo dejando el secreto y la clientela á su sucesor.

No negareis que esto es lo que se llama hacer fortuna á muy poca costa.

M. Apóstol estaba concluyendo de referir esta anécdota cuando nos trajeron las famosas chuletas; mas aunque mis conocimientos culinarios no son muy profundos ni muy variados, me ha parecido que las chuletas que tanto halagaron el paladar del emperador, son muy semejantes á las que se sirven en los *restaurants* con el nombre de chuletas á la gitana y que se cuecen entre dos lonjas de jamón.

Por la tarde nos ocurrió una desgracia parecida á la del emperador, como que tambien nos obligó á detenernos; pero no poseyendo los medios de que disponia el autócrata para hacernos obedecer, nos vimos obligados á permanecer en la posada hasta el día siguiente para reparar el coche.

En un cuarto de esta casa de postas he comenzado á escribir el presente diario. En los climas polares, en esta época del año, las noches no son otra cosa que una prolongación del día; y así es que á media noche distinguia los objetos del campo lo mismo que en la mitad del día. No teniendo sueño ni libro alguno en que leer, ocurrióme la idea de escribir

la relacion de mi viaje desde el punto que salí de la casa de mi tío, y aunque á veces he suspendido mi trabajo por espacio de muchos meses, al fin he concluido siempre por continuarle, y esta ocupación me ha proporcionado un consuelo inefable.

(Se continuará.)

LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuación.)

157. ¿Por qué debe aplicarse el calor á la parte superior en este experimento?

Porque al calentarse el agua se dilata y se eleva. El hervor del agua es producido por el agua caliente que sube del fondo en tanto que la fria baja á ocupar su puesto. Si el calor no se aplicase á la parte superior, se distribuiria prontamente por traslación y no por trasmisión.

158. ¿Por qué para calentar los piés se emplean botellas de agua caliente envueltas en franela?

Porque la franela, siendo un mal conductor, hace que el calor se desprenda lentamente de la botella y lo conserve mucho mas tiempo.

159. ¿Por qué los horneros envían los bollos calientes envueltos en franelas?

Porque la franela, siendo mal conductor, no absorbe rápidamente el calor de los bollos.

160. ¿Por qué se dice que la nieve calienta la tierra?

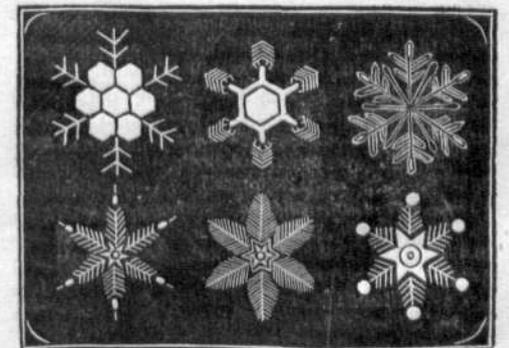
Porque la nieve es un mal conductor y evita que la frialdad del aire prive de su calor á la tierra.

161. ¿Por qué se encuentran calientes las chozas de nieve que construyen los esquimales?

Porque la nieve, siendo mal conductor, conserva el calor interior de la choza y al mismo tiempo evita que este calor sea arrebatado por el aire exterior.

162. ¿Por qué la nieve, estando compuesta de agua helada (y el agua siendo mejor conductor que el aire), es tan buen mal conductor?

Porque durante la congelación se reduce á formas cristalinas, que, reunidas en una masa, forman un cuerpo lanudo, probando con eso la verdad de la comparación de la Biblia, que dice que Dios «daba nieve como lana.»



Cristales que forma la nieve mirados con el microscopio.

163. ¿Por qué con frecuencia se siente menos frío despues de haber nevado?

Porque en el acto de la congelación ésta absorbe una gran cantidad de calor, el cual, transmitido al aire, hace que la rigidez del frío se modere algun tanto.

164. ¿Por qué con frecuencia se siente mas frío cuando se verifica un deshielo?

Porque en tanto que éste tiene lugar, una cierta cantidad del calor del aire pasa al hielo que se derrite.



Vista del campo de Marte en S. Petersburg. (Pág. 77, col. 3)

165. ¿Qué beneficios producen estas precauciones de la naturaleza?

Moderan el rigor de las heladas y la rapidez de los deshielos, que, en climas variables, serian sobremanera nocivos á la vida y á la vegetacion.

166. ¿Por qué se usan pieles y ropas de lana en invierno?

Porque no siendo buenos conductores evitan que el calor del cuerpo sea absorbido por el aire exterior.

167. ¿Por qué las pieles de los animales comunmente están cubiertas de pelo, lana ó plumas?

Porque éstas cubiertas no siendo buenos conductores del calor conservan el que existe dentro del cuerpo de los animales.

168. ¿Cómo lo hacen los animales para procurarse mas calor en invierno?

Se ha observado que á la proximidad del invierno les nace una especie de pelusilla ó plumion que, aumentando la propiedad mal conductora de su ropaje, conserva su calor animal.

(A los pájaros pequeños, durante el invierno, sea el que quiera el color externo de su plumaje, se les encuentra un plumion negro pegado al cuerpo. El color negro es el mas caliente, y su objeto en este caso es guardar al interior el calor que nace de la respiracion del animal.)

169. ¿De qué manera la naturaleza procura el calor á los animales que carecen de esta vestidura?

Tienen una capa de grasa debajo de la piel. La grasa, componiéndose principalmente de carbono, es un mal conductor.

170. ¿Por qué se dice que son frescas las brisas del verano?

Porque al pasar sobre la superficie calentada del cuerpo se llevan parte de su calor.

171. ¿Por qué un dia de aire tranquilo, en verano, se dice que es bochornoso?

Porque estando calentado por los rayos del

sol, y siendo un mal conductor, no alivia el cuerpo llevándose una parte de su calor.

172. ¿Por qué abanicándose la cara se siente mas fresco?

Porque forzando á pasar sobre la cara las corrientes de aire, arrastran consigo una parte del exceso de su calor.

173. ¿Por qué enfria el cuerpo la transpiracion?

Porque, con la evaporacion, se desprende una parte de su calor que pasa á mezclarse con el aire.

174. ¿Por qué se enfria el té soplándolo?

Porque se dirigen corrientes de aire sobre la superficie del liquido, y estas corrientes se llevan una parte de su calor.

175. ¿Por qué el aire que corre se encuentra mas frio que el aire parado?

Porque cada oleada de aire se lleva una cierta parte de calor, y siendo seguida por otra porcion de aire nuevo, éste arrastra á su vez otra cantidad de calor.

(Se continuará.)

FÓRMULAS.

Modo de extraer el aceite esencial de rosas segun el método de Turquía.

Se toman 6 kilogramos de hojas de rosa, se muelen en un mortero de mármol con 500 gramos de sal comun; esta especie de pasta se deslie con 11 3/4 litros de agua de rio, y despues de haberlo dejado macerar todo 24 horas, se echa en una cucúbita de metal: se adapta el refrigerante y el serpentín, enlodándolos con tiras de papel impregnadas de engrudo de almidon. se coloca la florentina de modo que el pico del serpentín entre en ella y se destila en baño de arena á un fuego muy moderado. Al principio sale una agua sumamente olorosa, que no tarda en volverse lechosa, y se advierte durante el curso de la operacion como una grasa nadando sobre la superficie del

agua que cae en el recipiente florentino; esta especie de grasa es el aceite esencial de rosas; el cual por las cantidades dichas á lo mas asciende á 1/2 dracma. El agua que acompaña el aceite esencial diluida con 16 veces su peso de agua de fuente, forma una agua de rosas mucho mas olorosa que la que se encuentra comunmente en el comercio.

Curacion de la mordedura de animales ponzoñosos.

La mordedura de los animales venenosos no es tan ponzoñosa en España, que pueda quitarla vida á las personas mordidas ó picadas por ellos, á no ser que sobrevenga algun accidente extraordinario. Sin embargo producen por lo comun síntomas graves, y es menester emplear entónces los tópicos relajantes y humectantes, como las cataplasmas de las cuatro harinas con miga de pan; y algunas veces se deberá desahogar la parte con la lanceta ó por medio de sangijuelas: otras veces ha producido buen efecto echar en la misma herida unas gotas de álcali volátil.

En la mordedura de la víbora, además de la curacion local, conviene las bebidas sudoríficas, como el agua de tilo ó de sauco, añadiéndoles cada tres ó cuatro horas seis ú ocho gotas de agua de Luce ó de álcali volátil, y mantener el enfermo en cama: así sobreviene el sudor, y se cura perfectamente. Ya se echa de ver que en todo lo que acabamos de decir cerca de la curacion de los envenenados, es preciso siempre consultar y seguir el medio curativo que establezca un sábio médico, al cual será necesario buscar sin pérdida de tiempo, pues que las luces que aqui damos solo deberán tener lugar pronto, y en el caso de que no haya ninguna persona inteligente de quien poderse valer. Los acontecimientos de esta especie siempre por lo regular son terribles, y cortísimo el tiempo que hay para pensar en lo que se ha de hacer; y si en tales ocasiones no media profesor diestro y de ánimo tranquilo, es muy espuesto las mas veces todo cuanto se hace, á menos que no se acompañe con aquella precaucion, tino y prudencia que por desgracia no se aprende en los libros, como antes no se haya sacado de la misma práctica.

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del Diario de Barcelona, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.